

EL MUNDO

ESPAÑA: ¡COSAS VEREDAS, SANCHO!

*Grande rumor se levanta
de gritos, armas y voces
en el palacio de Burgos,
donde son los ricoshombres.*

(Fragmento de romance anónimo recopilado por Ramón Menéndez Pidal.)

Fue hace unos mil años. Desde Burgos, cuna de Castilla la Vieja, aquel mítico Cid se enfundaba en su cota de malla, vencia al reino de Valencia y se lo ofrecía después al Rey Alfonso VI como prueba de su voluntad unificadora. Si. En Burgos, en el Cid, nació la voluntad de una España, sólida, comprensiva. Ahora, unos diez siglos después, en Burgos, sin el Cid, alumbró el fruto más nítido de la larga historia del desmembramiento español, esa ancestral

secuela de un feudalismo étnico que, en 1970, arranca aún este tipo de frases: "Aproveche usted su viaje a España y guste unas buenas rabas en el restaurante Gallego de la Plaza Mayor". Lo curioso, paradójico, es que se trata de un tramo de diálogo entre dos hombres de Barcelona, uno de los cuales viaja a Madrid; cuando regrese a la ciudad que es orgullo de Cataluña, dirá: "Vuelo a Europa". Esa Europa que tanto interesa a los tecnócratas de *La Obra* (léase *Opus Dei*), en particular al profesor Laureano López Rodó, comisario del Plan de Desarrollo.

Nada casual, entonces, que el Gobierno haya aplazado en varias oportu-

nidades —durante 1970— la apertura del juicio a los separatistas de la ETA. Era necesario, sobre todo, no malograr la imagen de liberalidad que el régimen comenzaba a ganar, esa imagen que el titular de Relaciones Exteriores, Gregorio López Bravo, se esforzaba en enfatizar en el extranjero. Es que para el Estado español es decisivo, desde el punto de vista económico, evitar toda nueva valla que trabase las negociaciones con el Mercado Común Europeo, iniciadas hace más de siete años y aún inmaduras, no obstante el acuerdo comercial firmado en julio último.

Finalmente, el Gobierno pareció decidido a solucionar, de una buena vez, el problema creado por las minorías nacionales. Todo indica que cometió un grueso error. Creyó poder resolver en términos técnicos —al menos técnico-jurídicos— una cuestión esencialmente política y, como se sabe, en política nada es gratis, toda acción política —aun la acción de soslayar una evidencia— tiene su correspondiente eco a nivel del poder concreto: el proceso de Burgos no ha hecho sino ahondar las diferencias entre el Opus y la Falange, entre el Estado y parte de la jerarquía eclesiástica, entre oficiales en actividad y aureolados jefes militares en retiro. La conmutación de las condenas a muerte, epiflogo de ásperas discusiones, es ya el postranquismo. Franco aún vive, pero es un ser intemporal y lejano.

El vacío creado por su ausencia y puesto de manifiesto en la crisis provocada por el Consejo de Guerra de Burgos ha sido ocupado por las Fuerzas Armadas, que se han convertido en las sostenedoras del régimen. Se comprende que se multipliquen los homenajes que reciben. El primero fue el del Gobierno, al finalizar una agitada reunión de Gabinete —ocho horas de debate— celebrada al día siguiente de la gran manifestación frente al Palacio Real de Madrid. Las significativas ausencias de López Bravo y López Rodó —éste último había decidido tomar un poco de sol en "Las Palomas", publicitada playa de las Islas Canarias— hacían casi imprescindible el homenaje. Fue el almirante Luis Carrero Blanco quien, en nombre del Gabinete, proclamó la "lealtad al Caudillo" y rindió "el homenaje que merecen las Fuerzas Armadas, garantía de la unidad nacional y de la defensa del orden institucional".

Al día siguiente, el Ministro de Asuntos Exteriores condecoraba al jefe del Alto Estado Mayor, general Manuel Díez Alegría. No sólo a él, también a



La Catedral de Burgos: El intacto señorío ancestral.

encumbrados jefes del Ejército, la Marina y la Aeronáutica: "Es un acto adecuado y oportuno que se había venido demorando", se disculpó. Tampoco olvidó exaltar en conjunto a las fuerzas del orden, "celosas cumplidoras de sus responsabilidades constitucionales". No faltó, aunque en otro marco, la voz de Carrero Blanco, quien, en su discurso pronunciado en las Cortes, anunció un plan general de reestructuración de las Fuerzas Armadas y un aumento general del presupuesto militar que "no había sido posible hasta ahora debido a nuestra situación económica".

Sin embargo, sería un error creer que el Ejército aspira a intervenir en un futuro inmediato. Se encargó de desbrozar conjeturas el general Diez Alegria, un ingeniero militar asturiano, de 66 años de edad, al que muchos consideran futuro jefe del Gobierno. En una de las escasísimas declaraciones que

No obstante, la crisis actual no le ha permitido ningún mutis por el foro. Por el contrario, se convirtió en el hombre de consulta, foco de atención de todos los grupos políticos. A él acudieron, antes de comenzar el proceso de Burgos, dirigentes opositores tales como el monárquico Conde de Motrico y el democristiano Ruiz Jiménez; pidieron que se ahorraran penas de muerte. Fueron ahorradas. Diez Alegria suma puntos. Pero no los computa por el mero hecho de aparecer como hombre amplio ante los contestatarios. No. También fue, en la segunda semana de diciembre, a Bruselas. Fue una *visita privada* de tres días. Para unos habría ido a negociar con dirigentes de la ETA la liberación del Cónsul alemán en San Sebastián; para otros a proponerle al ex Ministro Alberto Ullastres, Embajador ante el Mercado Común Europeo, el cargo de futuro jefe del Gobierno

que tampoco piensa desinteresarse en el futuro.

Otro costado de la realidad española que el juicio de Burgos tuvo la virtud de sacar a luz consiste en la sucesión de manifestaciones que atosigaron a la península durante la última semana del año, manifestaciones, muchas de ellas, que fortalecieron a los partidarios del régimen y demostraron, de paso, que éste cuenta aún en su haber con sectores capaces de reaccionar cuando son atacados. Pero al mismo tiempo se puso en evidencia el tembladeral y la falta de apoyo masivo al Gobierno.

Aunque no faltan, por supuesto, los afiebrados observadores que suponen que todo habría sido previsto por ciertos dirigentes falangistas, lo suficientemente duchos como para originar la crisis y poder así desembarazarse de sus enemigos: los tecnócratas del Opus Dei. Tal la maquiavélica interpretación que



Ese Ejército, fortalecida columna vertebral; esos carlistas...

los jefes militares suelen hacer en España recordó, hace ya dos años, que "el Ejército está ampliamente despolitizado", y dedujo de esa situación de custodios prescindentes que no había por el momento "peligro de una revuelta de coroneles". Más aún, consideró a su poder lo suficientemente asentado, maduro, fuerte, como para evidenciarse partidario de sobrellevar las manifestaciones estudiantiles y las huelgas de aquellos días "con paciencia", aunque algunos, alertó, "tienden a resolverlas de manera radical. Es una tendencia que estimo desgraciada —atajó— porque, a mi juicio, hay que encarar todo con una enorme paciencia". Y fue más lejos todavía, no dudó en informar que, después de Franco, deseaba "un funcionamiento del poder civil lo suficientemente sano como para que ninguna intervención sea necesaria".

español; otra variante, en fin, sostiene que viajó a Bélgica a conversar con los oficiales de la OTAN. Quizá no sea esta última la versión más alejada de la verdad, porque a los Estados Unidos no sólo les interesa convertir a España en una verdadera sociedad de consumo; también les resulta un mojón fundamental para el plan de seguridad europea. Y no es el caso de arriesgar la continuidad de un sistema incondicionalmente aliado a USA justo en el momento en que Alemania Federal vigoriza su política *oriental*, la mentada *Ostpolitik* de Willy Brandt.

En cualquier caso, el general Diez Alegria no es un espectador pasivo de los acontecimientos. El hecho de contar entre sus amigos a un grupo de hombres jóvenes —conservadores y liberales— que lo asesoran en cuestiones económicas y políticas es un síntoma de

comienza a circular en Madrid. Se pretende de este modo explicar más de un punto oscuro, cuando no errores políticos: el proceso de Burgos, por ejemplo. Este habría sido montado para provocar un endurecimiento de la situación y una reacción de las fuerzas populares aliadas al franquismo. De esta manera habría quedado al descubierto la debilidad de los tecnócratas, desprestigiados por el caso Matesa, y se hubiese forzado a una reorganización del Gobierno. Una maniobra demasiado complicada y, sobre todo, harto peligrosa para ser cierta. De todos modos, el resultado parece reducirse a: fortalecimiento de las Fuerzas Armadas, del Opus Dei y de la oposición; deterioro de un Caudillo anciano y remoto, *esfumatura* de un sucesor inoperante (Juan Carlos), y un Ejército convertido en la columna vertebral del régimen. ⊖